

Querida Carmen

Querida Carmen, sé que siempre huiste de la fanfarria y de los homenajes. Puede que incluso nos riñeras por todo esto, pero también sé perfectamente que nada valorabas más que escuchar el impulso del corazón, del cariño de la gente de bien y por eso también estamos aquí, emocionados e indignados por la verdad que inexorable ha asomado con tu ausencia; nosotros que no queremos que te mueras nunca.

También sospecho que, a menos que exista otra dimensión en la que ya estés, esto ya no es para ti, sino para nosotros. Pero aunque fuera así, ¿es que en gran parte muchos de nosotros no somos mejores gracias a ti? Yo, sin duda, así lo siento, tú me ayudaste siempre a sacar lo mejor de mí mismo.

Y en esta consigna de no extenderse más de tres páginas, créeme que me faltarían doscientas noventa y siete páginas más. Y más ahora, que he decidido pasar a limpio en mi ordenador las cartas que nos escribimos durante años y he refrescado muchos recuerdos. Pero son tantos y es tan traicionera la memoria, que me resisto a escoger y a olvidar. Así que ahí va mi agasajo desordenado de emociones.

Mi primera imagen de ti es la de una progre autoritaria con coleta, gafas de pasta color caramelo, chalequillo hippie, bolso de cuero y un ducados tras otro. Dabas tus primeras consignas para reunir en un corrillo en la pista del instituto a tus alumnos en el que iba a ser nuestro primer curso en el entonces aún llamado I.N.B. de Corella Mixto nº 1, para ti como tutora y para nosotros como chicos (más bien niños, recién salidos de sus respectivos coles). Escuché a mi alrededor algunas voces cautelosas decir: “joder, ¿esta tía nos ha tocado?” El comentario lo impulsaba algo tan sencillo como era ese don tuyo innato para generar respeto desde el primer minuto. Yo tuve algo así como un flechazo emocional e intelectual y respondí: “ah, pues a mí me gusta”... el corazón

nunca engaña, y tiene más memoria que el cerebro. Algo me decía que al otro lado de esos ojos azulísimos había un pozo sin fondo de sabiduría y amor. Y ese mismo año fui delegado de curso, no sé muy bien por qué, pero seguro que tuviste mucho que ver. La coartada de mi condición de delegado de curso me sirvió en bandeja el poder reunirme contigo a menudo, abordarte por los pasillos para ponerte al día de mis gestiones con el grupo, intentar mejorar algunas dinámicas, darte cuenta de cómo llevaba tus encargos de tutora etc. y al terminar aquél primer año se instaló la idea de que aquél 1º 5º en el que tú fuiste tutora y yo delegado, fue el mejor grupo del curso 1979-80.

Volví a tenerte en segundo pero te pedí un cambio de grupo por razones que no vienen a cuento, me entendiste y nos prometimos no perder nuestra buena relación.

Después vinieron las conversaciones hasta la parada del bus frente a Comisiones Obreras, en los bancos de la Casa de la Cultura, por los pasillos del instituto al más puro estilo de los peripatéticos, en la sala de profesores, vinieron las “manis” y tus charlas sobre política y conciencia social de clase, y en el 82 gobernó por primera vez la izquierda después de la dictadura y luego ya, en el curso 83-84 vino aquello a lo que tu siempre te referiste, con tu socarronería habitual, como “el patatús”. Aquella maldita junta de evaluación, aquél ataque, embolia, ictus o como se llamara cambió tu vida sí, pero también la mía, nos unió más y nos hizo habituales el uno para el otro. Me convertí en tu proveedor oficial de bastones como tú decías, en tu chófer cuando se terciaba, entraste en mi familia como una más, nos pasamos tardes enteras de sábados alternos durante años en mis visitas con Marisol, mi novia de entonces, y allí, con Álvaro, María algo más jovencita que yo y tus gatos Misoti y Gurreu, disfrutamos del lindo arte hoy en desuso de la conversación, compartiendo lectura y música; un foro maravilloso de incalculable valor que luego tuvo una extensión con el grupo *Zórivos*, (alboroto, turbamulta...) un ramillete de ex alumnos como decías, que nos reuníamos cada dos o tres meses para debatir sobre diferentes temas de interés común. Ni siquiera la mili nos

distanció, al contrario. Me enviaste más cartas que nadie, hasta el punto que el furriel creía que yo tenía dos novias. En esas cartas ejerciste de profesora, madre y amiga hasta el final. Y fue como un curso de sabiduría inolvidable, porque en esas cartas que tú escribías dos veces, primero con lápiz y después con bolígrafo, me enseñaste todo aquello que no está en ningún currículo, lo que solo está en la vida. A valorar la amistad y el amor de los que me esperaban, la tenacidad para perseguir los sueños, la cultura, la política y cuánto sucedía en el mundo. Comentabas mis poemas y mis textos narrativos con una pulcritud, un respeto y a veces con una crudeza que solo un imbécil, modestia aparte, hubiera despreciado. De hecho, en este período epistolar, al estilo de los colonos del siglo XIX, mientras yo solo tenía que preocuparme por pasar desapercibido entre los galones y el color caquí, por leer y por escribir; tu lectura y tu acompañamiento, tu confianza, afianzaron mi convicción con el oficio que ya nunca me ha abandonado. Gracias querida Carmen.

¿Cuántas cosas me he dejado? ¿Cuántas me voy a dejar? La zapatilla vieja, el *élan vital*, el amor por la palabra bien dicha, tus patatas a la riojana y nuestro salmorejo, tu visión machadiana de lo humano, Tagore y Kipling, con tu punto místico, que lo tenías, tu generosidad, tu mirada tan limpia y confiable, tu carcajada entrecortada, tu brazo de trapo, tu ortopedia o pata de palo, cojitranca, que te decías, tus pausas cuando te ponías solemne y sabíamos que nos ibas a regalar un titular del alma, tu ser siempre maestra, tu corazón sin descanso ni tregua.

Carmen, siempre te he considerado y nombrado como mi segunda madre. Tengo que terminar, por ahora, y solo voy a añadir que te echo mucho más de menos de lo que había imaginado y que seguiré haciéndolo mientras viva.

Entre otras cosas, por eso sin embargo, vas conmigo.

Jordi Jiménez Gamero

(Alumno de 1º de BUP durante el curso 1979-80)